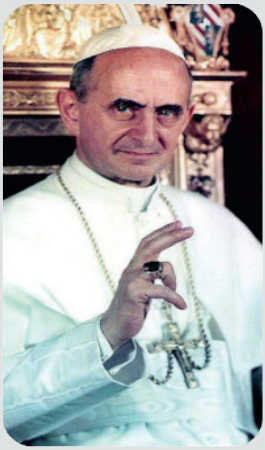
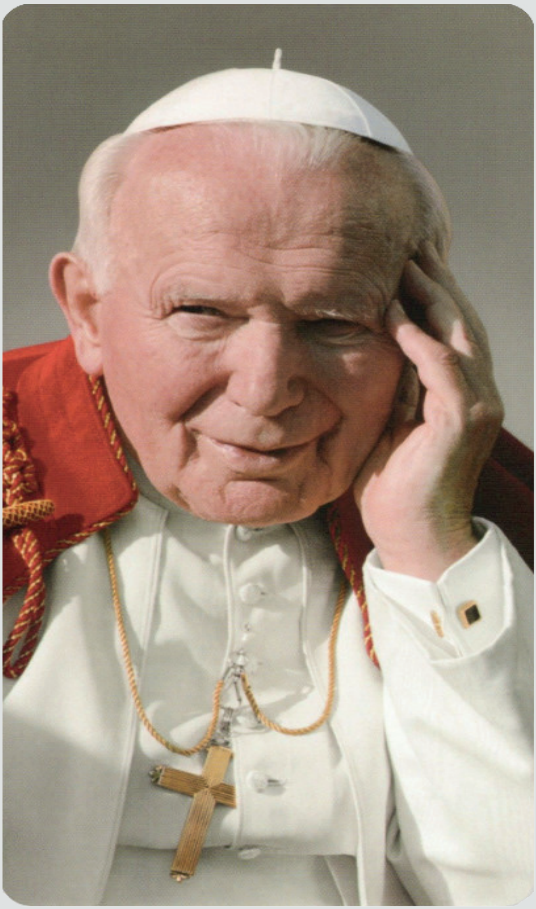

Diciembre 2021
Nº 18

FONS VITAE

Hermandad de Hijos
de Nuestra Señora del
Sagrado Corazón

www.hhnssc.org

Índice

1.	Editorial	3
2.	Entrevista a Mons. Toni Vadell, obispo auxiliar de Barcelona	6
3.	Un nuevo Capítulo General	14
4.	Quería saciar la sed de Dios	16
5.	La gracia del Mes de Ejercicios	19
6.	«Escucha hija, mira, inclina el oído» (Sal 44)	21
7.	¡Tú reinarás, en nuestros matrimonios!	24
8.	El bien que nos hacen los campamentos de verano	26
9.	Sentir con la Iglesia	28
10.	Treinta años caminando con María	31
11.	Palabras del Papa	34

¿Cómo ayudar?

Con vuestra oración por nosotros:
Os invitamos a rezar a Nuestra Señora del Sagrado Corazón la oración «Acuérdate» pidiendo por la *Hermandad*.

Con vuestra ayuda económica:
.Con un donativo puntual
.Becando un seminarista (beca mensual: 400€)
.Con una cuota periódica

** Podéis hacer un ingreso en la cuenta: ES7100490989232610003474 (Titular: Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón).*

*** Los donativos hechos a la Hermandad pueden desgravarse en la declaración de la renta.*

Podemos remitiros un justificante.

Contacto:
centrosagradocorazon@gmail.com
925 277 142

Editorial

El pasado 13 de octubre el papa Francisco firmó un decreto en el que reconocía el milagro realizado por el papa Juan Pablo I con el que se abría el camino a su pronta beatificación.

La beatificación del papa Juan Pablo I levanta un hito significativo en el camino de elevación a los altares de una gran parte de los Papas del siglo XX: san Pío X, san Juan XXIII, san Pablo VI, san Juan Pablo II y ahora el papa Luciani.

Tendríamos que remontarnos a los orígenes apostólicos de la Iglesia en épocas martiriales para encontrar en tan poco tiempo tantos Papas que han sido propuestos como modelos de vida cristiana por su santidad.

La barca de su Iglesia, en medio de las olas tempestuosas que a veces parecen hundirla, avanza en su rumbo hacia su plenitud.

La lectura sobrenatural de estos acontecimientos nos anima a la esperanza. Con los ojos de la fe podemos percibir cómo la barca de su Iglesia, en medio de las olas tempestuosas que a veces parecen hundirla, avanza en su rumbo hacia su plenitud guiada por el faro de luz de la santidad de sus mejores hijos que son los santos.

En estos tiempos donde a veces nos podemos sentir desconcertados por lo que sucede fuera y dentro de la Iglesia, el Señor quiere que levantemos nuestra mirada contemplando los frutos de santidad que han brotado y seguirán brotando de la Esposa nacida del Costado del Señor.

María, Madre de la Iglesia

Me viene a la memoria la homilía que pronunció el querido y recordado cardenal González Martín, Arzobispo de Toledo, el día de mi ordenación sacerdotal, hace más de 27 años. Don Marcelo nos contaba de un sacerdote que había anunciado en su parroquia en la Misa Dominical que dejaba el ministerio porque no creía en una Iglesia en la que su obispo no le había atendido bien en el momento en el que había muerto su padre. Don Marcelo nos decía con voz potente: «¡Cómo es posible que un sacerdote reduzca la vida de la Iglesia al comportamiento puntual de un obispo, y deje por ello su ministerio!» y empezó a hablarnos de la belleza de la Iglesia en sus santos, en la de miles de pastores que han entregado su vida sin límites al servicio del pueblo de Dios, en el sinfín de obras de caridad que desde la Iglesia se desarrollan en todos los lugares del mundo, en el testimonio de los mártires, de tantas familias que viven con fidelidad su fe… Y finalizaba sus palabras diciéndonos: «Amad siempre a la Iglesia

y seréis fieles y felices en vuestro sacerdocio». ¡Qué necesarias y actuales son estas palabras de don Marcelo!

Para amar a alguien hay que percibir su bondad. La Iglesia hoy y siempre debe y puede ser amada por su bondad, su santidad. Para percibir esta santidad se nos presentan hoy como modelos e intercesores las insignes vidas de estos Pontífices del siglo XX que supieron hacer las veces de Cristo en la tierra. Ellos fueron fieles porque pusieron su mirada en Aquel que, como un día al humilde pescador de Galilea, les dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Pedid por nosotros y con nosotros, para que nuestra Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, por la santidad de sus miembros, haga brillar y resplandecer ante los ojos de los hombres la belleza y hermosura de la Santa Madre Iglesia.

José María Alsina Casanova, hnssc.

Entrevista a Mons. Toni Vadell, obispo auxiliar de Barcelona

Nos acercamos al «Palau» del Arzobispado de Barcelona. Con toda cordialidad nos recibe y acoge en su despacho el obispo Toni Vadell. En su rostro se dibuja la paz y la sonrisa de un hombre de fe que se sabe llevado por la mano providente de Dios. Con toda confianza nos abre su corazón y entramos en una conversación que va dejando en nosotros la huella de un paso de Dios...

¿Cuándo y cómo se despierta la vocación sacerdotal?

Se despierta de niño a los 12-13 años. Dos aspectos influyeron particularmente: la familia y la parroquia. En familia vivíamos la fe, íbamos a Misa el Domingo, rezábamos en casa. Y en la parroquia fue muy importante la experiencia con los niños (*esplai*) y especialmente el grupo de oración y amistad en el que empecé a tener experiencia de la oración, oración que me llevó a ir intuyendo que el Señor me llamaba a ser sacerdote.

Estuvo en el Seminario Menor desde los 14 años. Algún recuerdo que le haya marcado de esta etapa de su vida.

Me marcaron en esos 4 años del Seminario Menor, la experiencia de amistad. También recuerdo especialmente los encuentros vocacionales en los que acogíamos a adolescentes y les mostrábamos con nuestra cercanía la belleza de la vocación. Particularmente, estoy convencido que muchas vocaciones se despiertan en la niñez porque es a esa edad donde puede haber un despertar al Señor. Este fue mi caso.

Durante sus años de formación sacerdotal, ¿qué modelo de sacerdote se le presentaba para su futuro?

Sobre todo, tuve dos modelos: los párrocos de las parroquias donde iba de pastoral durante mi formación en el Seminario Mayor, con los que me identificaba viendo su entrega. Con ellos fue creciendo el deseo grande que tenía de ser cura de parroquia. En segundo lugar, fueron particular modelo para mí los formadores del Seminario que nos ayudaron a entender al sacerdote como enamorado de Jesucristo, hombre que encuentra la fuente de su vida sacerdotal en la Eucaristía.

¿Cómo fue preparando su corazón de Pastor su experiencia como vicario parroquial y párroco? ¿Algún recuerdo de los años de trabajo parroquial?

Estuve 16 años en parroquia. Disfruté especialmente en el campo de pastoral con jóvenes, en la pastoral familiar en las parroquias de San José Obrero y Corpus Christi. En esos años disfruté acompañando espiritualmente a la gente. Viene a mi memoria con mucho gozo la ordenación sacerdotal en la parroquia donde estuve de pastoral, la parroquia Beat Ramon Llull de Palma. La iglesia era pequeña y tuvieron que ordenarme en el patio. Fue muy hermoso cómo se implicó toda la parroquia. Guardo en el corazón también el trabajo en las parroquias de Corpus y San José, que tenían colegio parroquial. Los sábados teníamos la Misa con las familias del Colegio. Eran celebraciones bellísimas cuyo recuerdo me caldea el corazón. La experiencia en la Unidad de Pastoral de la Mare de Déu, en unos pueblos del centro de la isla fue maravillosa, sobre todo en el trabajo en equipo.

En un momento de la entrevista

Realiza en Roma sus estudios de Pastoral Juvenil y Catequética. ¿Qué supone para usted estos años en Roma?

Roma me cambió. Llevaba ocho años de cura. Me enamoré de la Iglesia. Venía de una iglesia pequeña, de una iglesia de una isla y descubrí

El día de su ordenación episcopal

la Iglesia Universal, la Iglesia de los carismas, de los movimientos, cómo el Espíritu Santo genera tanta vida. Después tuve que volver a la iglesia particular sabiendo que no podía dejar de respirar desde la Iglesia Universal. Estar cerca del Papa, ir a una Universidad Pontificia y en el Colegio Español y confrontar la experiencia pastoral con lo que se me proponía en la Universidad fue una gran riqueza. También participé en una parroquia de Roma con un grupo de *Scouts*. Allí en Roma tuve la oportunidad de hacer los Ejercicios Espirituales de Mes con motivo de mis 10 años de sacerdote.

El obispo de Mallorca le pone al frente de la Pastoral de la Nueva Evangelización. ¿Algunas claves con las que usted considera que debe presentarse hoy el Evangelio a nuestro mundo?

Para mí es muy importante situarse en que estamos en un mundo pagano, hostil a la fe. Estamos como en el «destierro de Babilonia». Desde este situarnos en el mundo en el que estamos es clave cuidar nuestra identidad y no diluirnos, como el resto de Israel que en Babilonia se mantuvo fiel a la promesa del Señor. Evangelizar significa vivir en este mundo sin contemporizar, haciendo nuestra propuesta con toda su belleza y radicalidad: sin proselitismo, pero con mucha alegría. Se trata de ser testigos de una manera nueva de vivir la realidad, viviendo y anunciando el Kerigma que es que Cristo cambia la vida. Y todo esto realizarlo desde la vida de fraternidad. No podemos anunciar el Evangelio solos. Siempre digo que evangelizamos

cumpliendo dos mandamientos: «El mandamiento del anuncio y el mandamiento del amor».

Con 45 años es llamado al episcopado. ¿Se lo esperaba? ¿Cuál fue la reacción que tuvo al enterarse del nombramiento? ¿Qué le pidió al Señor ante esta «nueva llamada»?

No me lo esperaba para nada. En mi caso no había habido ni «quinielas». Me sorprendió la llamada del nuncio. Y ¡obispo auxiliar de Barcelona!… siendo de un pueblo. A lo largo del verano antes de la ordenación me entró el miedo y me ayudó la palabra de un sacerdote amigo: «El Señor te ha llamado, fíate». Me serenó mucho esta palabra del sacerdote. Me preocupaba perder la «cercanía con la gente». Le pedí al Señor no perder esta cercanía para no «perderme».

Lleva 4 años como obispo auxiliar de Barcelona. Se reconoce entre los sacerdotes jóvenes su cercanía y escucha. ¿Cómo describiría el perfil de una vocación sacerdotal hoy y los rasgos de los curas jóvenes que hoy sirven en Barcelona?

Estoy orgulloso de los curas jóvenes de Barcelona, me llenan el corazón. Tienen un gran ardor apostólico, amor a la Iglesia. Es muy interesante poderlos acompañar en sus inicios de su ministerio. El

En una conferencia

sacerdote de hoy tiene que ser un hombre enamorado de Jesucristo, hombres de oración y de la Iglesia. Que no vaya de «llanero solitario» frente al peligro del individualismo. Que encontremos en la Eucaristía la fuente de nuestro ministerio, contemplativos en la escucha de las personas, anunciando el Evangelio siendo personas de comunión y de fraternidad. Por último desde mi experiencia, como sacerdote siempre he trabajado y vivido en equipo. Me parece importante que el sacerdote esté cuidado en su formación teológica, espiritual y sobre todo a nivel humano.

¿Qué ilusiones y proyectos ha puesto en su corazón el Señor estos años de servicio a la archidiócesis de Barcelona?

Yo me he enamorado de Barcelona. Me llamó la atención la diversidad eclesial en Barcelona. He disfrutado en el trabajo de evangelización de los jóvenes y con las familias. Ha sido también hermoso el trabajo en la pastoral de la salud y de los tanatorios. Últimamente como fruto de la beatificación de Joan Roig acompaño, juntamente con el Director del Secretariado de Pastoral con jóvenes, un grupo de jóvenes profesionales.

Hace unos meses le diagnostican un cáncer. Escribe una preciosa carta comunicándoselo a los sacerdotes y fieles en la que habla de «una llamada amorosa, para más amar y seguir a Jesús, una nueva misión…». ¿Cómo interpreta esta «visita» del Señor en su misión de obispo en la Iglesia de hoy?

Me ha sorprendido la enfermedad y me ha sorprendido el Señor con su cercanía, con la consolación que siento escuchando la palabra de Dios, con la Eucaristía. En la capilla una paz me invade. Siento cómo el Señor me cuida y también la cercanía de María. Me conmueve y me sorprende la compañía de la Iglesia y su cuidado. Pensaba en una escena de don Bosco que estuvo muy enfermo. Al lado de su ventana los jóvenes hacían turnos para que se curara. En un momento dado se puso bien y les dice: «Cada momento de mi vida será para vosotros». La compañía de la Iglesia me provoca esto: deseo que cada momento de mi vida, hasta que me llame al paraíso, sea para la

Deseo que cada momento de mi vida, hasta que Me llame al paraíso, sea para la Iglesia.

Iglesia. Veo que este tiempo es para reenamorarme de la Iglesia que ama a su pastor. Me siento tan cuidado y amado que deseo ser para la Iglesia. Hay algo nuevo en mi vocación, una llamada a más entrega, a más servicio.

Con niñas de un colegio

¿Qué les diría a los que viven una enfermedad y que no encuentran luz ni sentido?

La luz, el sentido y la esperanza no está en nuestras fuerzas, carácter, proyectos, sino en Cristo Resucitado que pasa por la Cruz. Ayer hablando con un señor que tenía un cáncer me comentaba que tenia la fe muy aparcada. Yo le decía que, si pudiera, que

rezara, que le contara al Señor lo que le pasaba. Hay gente que dice que «esto es un mal sueño que pasará». Esto me rebela, porque esto no es un mal sueño, sino que es la experiencia de la realidad de la vida y es un paso del Señor. Se tratar de mirarlo desde el Señor. No es fácil, es gracia, pero hay que pedirla.

En este momento me siento muy agradecido a la educación que he recibido a lo largo de toda mi vida. En los momentos más difíciles «tiro» de la experiencia de educación, del cuidado de tanta gente a lo largo de toda mi vida: catequesis, retiros, ejercicios, colegios, peregrinaciones, profesores… La experiencia educativa de haberse

En campamentos

forjado por las manos de muchos y del Señor hace posible vivir esto en este momento y te hace sentirte impulsado. Por lo tanto, sembremos… que luego se cosechará.

¿Qué le dice la figura de san José en esta experiencia de enfermedad?

En la «Patris Corde» se presenta a san José como «padre de la acogida». Él acoge el plan de Dios sin entender muchas cosas, plan que pasa por él. Esto me ayudó a acoger el plan de Dios sin entender por qué en este momento de mi vida tengo un cáncer. Para el Señor nada pasa porque sí. San José me ayuda a acoger esta enfermedad como parte del plan de Dios. Y hacerlo como él, como «padre en la ternura».

Recibimos a menudo noticias que pueden llevarnos a una visión pesimista del mundo, de la Iglesia y de los cristianos. ¿Cuál cree usted que hoy es la Buena Noticia? ¿Son tiempos para la esperanza?

Sin duda son tiempos para la esperanza, que está en el corazón del hombre que desea recibir la Buena Noticia, que en su interior anhela vivir de una compañía y de un amor muy grande. Lo percibo en personas de Iglesia y también en quienes se han alejado, y en los catecúmenos. La gran esperanza es que la persona humana no se conforma con una respuesta mediocre. El vacío del corazón expresa algo mucho más grande. Nosotros tenemos a Jesucristo vivo en nuestra vida. Si miramos al hombre y miramos, a Dios nunca seremos pesimistas.

Tiene usted como lema «*Gaudete in Domino Semper*» (Alegraos siempre en el Señor). ¿Cómo lee ahora este lema de su episcopado?

El lema de uno de los obispos que tenía en Mallorca era «*Gaudete in Domino*» y yo añadí «*Semper*» como un guiño a su paternidad y cercanía como obispo. Esta palabra «*Semper*» golpea ahora mi corazón. Entiendo que es una gracia vivir esta alegría «siempre en el Señor». Una religiosa me preguntó si había estado triste en algún momento. Le dije que al principio me conmovió la noticia de la enfermedad, pero nunca he tenido momentos de tristeza. Entiendo que es una gracia del Señor vivir siempre, también ahora, «alegres en el Señor».

¿Algún consejo para los sacerdotes de la Hermandad?

Sed sacerdotes enamorados del sacerdocio, enamorados de vuestra vocación. Sed sacerdotes siempre y en todo viviendo con plenitud esta vocación maravillosa que el Señor nos ha regalado.

Un nuevo Capítulo General

Un Capítulo General es siempre una ocasión de gracia y discernimiento espiritual muy importante para cualquier congregación o institución religiosa. Supone un momento de renovación y actualización de la propia vocación espiritual, de examen de conciencia y de orientación general de la vida de los miembros que componen la asociación. En nuestro caso, después del Capítulo General Extraordinario que tuvimos en octubre de 2019, en el que se aprobaron las nuevas Constituciones, ahora, dos años después, desde el 25 al 28 de octubre, tuvimos un nuevo Capítulo General Ordinario.

Dada la importancia del acontecimiento que supone el Capítulo, comenzamos, como es habitual, con un retiro que predicó don Raúl Muelas. Sus reflexiones se centraron en el precioso texto de Ezequiel 36, 24-27: «Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará; de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi Espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos».

El texto de Ezequiel recoge, a mi modo de ver, todo lo que sucedió en el Capítulo y debe continuar en los próximos seis años, hasta el siguiente Capítulo General. El Señor nos recoge y nos reúne de nuevo, como Hermandad y como

hijos de Nuestra Señora, de entre las naciones y de todos los países (españoles, chilenos y japones[es]), allende los mares y desde muy diversas partes de España, para derramar sobre nosotros el Espíritu Santo, un agua pura, que nos debe purificar, limpiar, de todas nuestras inmundicias e idolatrías; para hacernos apóstoles del Sagrado Corazón, arrancar nuestro corazón de piedra, «en tantas cosas distraído, cerrado e inerte»; para darnos un corazón de carne, un corazón como el de Cristo, «ternura sensible de su amor eterno», y así, en adelante, como decimos en nuestra consagración a Él, vivir «conociendo lo que tú conoces, queriendo lo que tú quieres, amando y sintiendo lo que tú amas y sientes, y, si

Encuentro con el Arzobispo en el Capítulo

es tu favor y designio, padeciendo lo que tú padeces». Solamente así y, desde este Espíritu nuevo, el Señor hará que caminemos como hermanos y amigos, según sus preceptos y que guardemos y cumplamos sus mandatos, es decir, el nuevo Reglamento que aprobamos.

Al finalizar el Capítulo, presididos por nuestro Arzobispo, don Francisco Cerro Chaves, procedimos a la elección del Superior General y de su Consejo. Os pedimos encomendéis a José Maria Alsina, a los consejeros y a toda la Hermandad al cuidado y protección de san José.

Xavier Prevosti Vives, hnssc.

Quería saciar la sed de Dios

Dijo una vez un buen misionero que todo recién nacido viene con una partitura bajo el brazo: la partitura de su vida. En ella el Creador escribe la melodía única e irrepetible que ha pensado para su criatura desde la eternidad. El niño al principio solo verá un montón de garabatos, pero con ayuda de un director espiritual, irá aprendiendo a leer música.

Así funciona el Corazón de Jesús; me muestra su amor pidiéndome mi amor, y de ese lazo no hay escapatoria.

En mi infancia empecé a intuir en mi partitura una melodía muy particular, armonías de predilección. Pero con la adolescencia llegaron los deseos de aventura y desviando la mirada del divino papel me lancé a la más libre improvisación. Desde entonces nunca más volví a plantearme una pieza distinta a la que iba tocando. No fue un acto de rebeldía, seguía amando a Dios, pero

también amaba al mundo. Ahora me doy cuenta que servir a dos señores es una falsa dualidad.

Un 4 de octubre de 2019, tras recibir la santa comunión, noté que algo se estaba removiendo en mi interior, era como una queja: «Quiero más». El Señor estaba pidiéndome algo más y al pedirme más estaba colocando en mí un deseo intensísimo de Él. Por lo tanto, a partir de ahora, al buscar saciar a Dios estaba, en realidad, buscando a Dios mismo para saciarme. Así funciona el Corazón de Jesús; me muestra su amor pidiéndome mi amor, y de ese lazo no hay escapatoria.

Al cruzar la puerta de la Iglesia me olvidé de todo aquello. Detrás de esa puerta me esperaba una vida ideal. El problema fue cuando en noviembre se repitió casi de forma exacta. El Señor me estaba pidiendo más pero no sabía qué más. Decidí aumentar mi vida espiritual y empecé a meditar cada día la palabra de Dios.

Allí encontré un día este versículo: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y haced del amor la norma de vuestra vida» (Ef 5,1s). Descubrí que la forma de saciar la sed de Dios era imitarle. Guardé esta palabra en mi corazón y la puse como fundamento de mi vida, pero ni se me pasó por la cabeza cambiar radicalmente de vida. Fue san Francisco de Asís el enviado del cielo que, con su ejemplo, hizo que mi mente empezara a girar en otra órbita. Me hizo ver que es necedad esperar la felicidad de lo pasajero y que, a la hora de encauzar mi vida, no era importante ponderar mi felicidad sino la voluntad del Creador. San Francisco repitió y me enseñó a repetir todo lo que el Señor mandó e hizo, con la fidelidad de un caballero y la simplicidad de un niño. Por primera vez Dios ocupaba el verdaderísimo centro de mi vida y solo quería cumplir su voluntad, saciar su sed de mí.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero, fueron aumentando progresivamente los momentos de llamada intensa. Siempre sucedía lo mismo: estando delante del Altísimo, recibía una consolación enorme, una paz arrolladora… Y me venía a la mente: «Más, Enrique, más». Ya no era una voz suave sino un grito insistente imposible de sofocar. Es como si Dios estuviera escondido detrás de todo y estuviera hablándome directamente. Hasta que un día me arrodillé y le dije: «¡No puedo más, Señor! No entiendo nada, no sé cómo saciar tu sed de mí. Te pongo delante mi familia, mi novia, mi carrera, mi trabajo, mis amigos, mis proyectos… Coge tú mismo lo que quieras». Iluso de mí no sabía que Dios quería «escogerlo todo».

A mediados de febrero lo entendí: Dios había derramado sobre mí una Gracia arrolladora pero no podía obligarme a dejarlo todo y seguirle. Me había colocado al borde de un precipicio, pero no me podía empujar, no había otra, tenía que saltar yo cediendo mi libertad. Y salté, y al instante empecé a notar su mano que me acompañaba en la decisión;

Enrique con sus hermanos

fortaleciéndome, colmándome de una serena alegría. También vi maravillado como consolaba y curaba el desgarro que dejé en algunos corazones.

Al llegar a mi nuevo hogar no tardé en sentir el abrazo de Nuestra Señora y el cariño de mis nuevos hermanos. Este año el Señor me ha hecho un gran regalo invitando a mi hermano José Pío a seguirle. Parece que hasta en el siglo XXI sigue Jesús llamando de dos en dos.

Termino estas líneas para hacer un llamamiento a todos los jóvenes y niños que quieran escuchar: Dios necesita hombres que consagren sus vidas a su noble servicio y está gritando: ¿A quién enviaré? Necesita llegar a cada rincón del planeta, a cada alma, y sin un sacerdote no hay presencia de Jesús sacramentado. Os invito a hacer un ofrecimiento sincero de vuestra vida, y tal vez un día seáis admitidos en el servicio nobilísimo del altar. Rezad por nosotros. ¡Viva Cristo Rey!

Enrique Sagredo de Ossó, seminarista.

La gracia del Mes de Ejercicios

El verano pasado tuve la oportunidad de hacer ejercicios espirituales durante un mes en Pedreña (Cantabria). Llevaba tiempo con el deseo de hacerlos, y después de unos años como sacerdote se dio la ocasión. Aunque deseaba realizarlos para dedicar un periodo largo exclusivamente al Señor acompañado de la mano de san Ignacio, no alcanzaba a dimensionar la gracia que son los Ejercicios de Mes.

Cualquiera que haya realizado los ejercicios espirituales es consciente del tesoro que son cada una de sus meditaciones y documentos, inspirados por el Espíritu Santo. La fuerza que tienen para orientar nuestros afectos, decisiones y personas al Señor. También es manifiesto la unidad que tienen los ejercicios en su conjunto, y como cada una de las semanas están ordenadas internamente para configurar progresivamente nuestra vida en el Señor. Pero algo en lo que he caído más en la cuenta, es que el tiempo de un mes en el que se hacen los

Cualquiera que haya realizado los ejercicios espirituales es consciente del tesoro que son cada una de sus meditaciones y documentos.

ejercicios tal y como san Ignacio los concibe, es lo adecuado para poder asimilar la sabiduría que encierran introduciéndonos en el conocimiento interno de Cristo. Después de experimentar que los ejercicios tienen este ritmo en relación al mes, ahora se me hace más notorio que querer condensar toda la riqueza que tienen, y que recibimos a través de la contemplación, en menos tiempo, aun siendo una gran gracia, no deja de tener carencias. Por ello, tener un mes para realizar los ejercicios tal y como fueron concebidos, ha sido un gran regalo de Dios.

En este tiempo, donde el Señor ha concedido distintas luces y mociones, una gracia que permanece es el recuerdo de haber sido introducido en los misterios de su vida. Pasando muchas horas a solas con Él, en un dulce «corazón a corazón», desde la sobria sencillez de la contemplación, uno entra en su Corazón, y a través de Él, en su Amor divino. Experimentar cómo está vivo, me ama, vive conmigo, y me asocia a vivir en Él es una especie de «sello» que permanece en el alma después de los ejercicios, y que tiene que seguir creciendo y desarrollándose a lo largo de la vida. La presencia entrañable de María ha sido el medio del que el Señor se ha servido para derramar esta gracia propia de ejercicios, que es entrar en su Corazón.

Esteban Medina Montero, hnssc.

«Escucha hija, mira, inclina el oído» (Sal 44)

«¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!». Recordar a san Juan Pablo II hacer llegar con voz potente este mensaje a los jóvenes estremece todo el cuerpo. Ciertamente, yo era una niña cuando este Papa santo encendía el deseo de Dios en las almas. Pero no pasaron desapercibidas para mí estas palabras que vi en el corcho de mi habitación.

Junto a mis hermanos, recibimos la fe de mano de mis padres. En casa, todo lo que sucedía se ponía delante del Señor y de la Virgen, los anhelos, sufrimientos, alegrías, dificultades… a mis abuelos siempre les oíamos decir «Si Dios quiere», y todo, absolutamente todo, se confiaba al Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. Así fue creciendo en nosotros la semilla de la fe, el deseo de Dios.

Por ello, siempre supimos que el Señor tenía un plan para cada uno y que dar con él era la clave de nuestra felicidad, de nuestra santidad. Así que, desde niña, fui haciéndome muy amiga de Jesús, para mí Él era importante y percibía que yo podía serlo para Él. Aunque no fue hasta la Semana Santa de mis 15 años cuando me di cuenta del alcance de su Amor en la Cruz. ¡Y era por mis pecados!

Aquello hizo cobrar más sentido a mi deseo de amar a Jesús. Aun así, todavía no le conocía bien. Y dos años más tarde, cuando fui a Schola por primera vez invitada por mi hermana, me encontré cara a cara con el Corazón de Dios, de mi amigo Jesús, abierto y latiendo de amor por

Sor María Nazareth en el Monasterio

mí, pero no solo por mí sino por todos los hombres del mundo, ¡y estaba mendigando nuestro amor! ¿Qué debía hacer?, ¿cómo podía corresponder?

El deseo que tenía de hacer la Voluntad de Dios y descubrir mi camino se hizo más fuerte. No obstante, se topó con un obstáculo: empezaba a idear mis propios planes, y creía que a Jesús debían gustarle, porque nunca le dejaba al margen, y Él nunca se quejaba… Yo solía pensar: «Dios no va a pedirme algo que no pueda darle», y seguía, «y a mí me gusta esto». Pero, ¿era eso lo que Dios me pedía? ¿Era ese el plan que Dios había soñado para mí desde toda la eternidad? Muchas veces traté de evitar estas preguntas. Dios podía pedirme algo más y yo no estar dispuesta a dárselo. Sin embargo, esta opción me hacía marcharme triste, como el joven rico. Entonces comprendí que las puertas que yo tenía que abrir a Cristo eran las de mi corazón. Y fui dejando a un lado todos mis miedos, pues dentro de mí resonaba con fuerza: «Busca la paz y corre tras ella» (Salmo 33).

Siempre supimos que el Señor tenía un plan para cada uno y que dar con él era la clave de nuestra felicidad, de nuestra santidad.

Así empezó un emocionante y precioso camino por el que la mano del Señor me fue guiando siempre tras sus pasos y hace tres años me condujo hasta Su Casa, el Monasterio del Sagrado Corazón de las hermanas pobres de Santa Clara. Aquí, Jesús abría las puertas de su Corazón para mí. Y en este claustro resuenan sus palabras a nuestra madre María Amparo: «No temáis, alegraos en mi Corazón, seguros de que de cuanto haga en vosotras sacaré mi gloria y vuestra santificación».

Sor María Nazareth
de los Sagrados Corazones, o.s.c.

¡Tú reinarás, en nuestros matrimonios!»

Para los que no nos conozcáis, Carmen y yo somos uno de los matrimonios de la nueva (¡y prometedora!) hornada de Schola Madrid. El Señor ha querido que durante este año 2021 varias parejas del grupo hayamos pasado por el altar, recorriendo juntos este camino hacia nuestra vocación común, la de santificarnos en la vida familiar. No querríamos dejar pasar esta ocasión

No querríamos dejar pasar esta ocasión para agradecer el acompañamiento y la formación ofrecida por los sacerdotes de la Hermandad durante nuestra preparación para el sacramento.

para agradecer el acompañamiento y la formación ofrecida por los sacerdotes de la Hermandad durante nuestra preparación para el sacramento.

Carmen y yo provenimos de ambientes de fe muy distintos. Si bien en su casa Cristo siempre fue una constante, en la mía su presencia, digamos, pasó más desapercibida. Pero el Señor se hace oír, cuando nosotros le abrimos nuestro corazón, y lo que para el mundo podría parecer improbable, acabó ocurriendo por obra y gracia de Dios. Mi conversión, seguida de Bautismo,

Primera Comunión y Confirmación, en abril del 2019, llamó tanto la atención de Carmen, que empezó a interesarse por ese chico que en «pleno siglo XXI, decidía bautizarse». Resultó ser la voluntad del Señor que, gracias a ese interés, que rápidamente fue mutuo, comenzáramos una relación que al año y medio daría un paso (casi) definitivo, cuando le pedí matrimonio. Nunca olvidaremos Filomena, y el marco irrepetible que nos regaló el Señor.

Nueve meses después, el 2 de octubre de 2021, festividad de los Santos Ángeles Custodios, tuvimos la dicha de casarnos en el Monasterio de El Escorial, y poderlo celebrar con nuestros seres más queridos. El padre de Carmen nos acompañó, estamos seguros, desde el Cielo.

Rubén y Carmen en Toledo

Sólo podemos dar gracias a Dios por su generosidad con nosotros, por tantas gracias que nos ha concedido. Como dijo santa Teresita, lo que agrada a Dios de nuestra pequeña alma, es que amemos nuestra pequeñez y nuestra pobreza, y la confianza que tenemos en su misericordia. Dios ha mostrado esta misericordia con nosotros dirigiendo nuestras vidas hacia el matrimonio, el lugar preparado por Él para nuestra santificación y nuestra felicidad. Ojalá no dejemos nunca de corresponderle con nuestro pobre amor.

Rubén Barrial y Carmen Pérez-Mosso

El bien que nos hacen los campamentos de verano

Campamento 2015. Varios de esos niños, hoy son seminaristas

En el año de san José, el Campamento de niños ha sido para dar gracias a Dios. Tanto por los monitores como por los niños. Ha sido este uno de los primeros años en que prácticamente la totalidad de los monitores habíamos sido niños del campamento en el pasado. Se ha notado especialmente una gran sintonía al hacer las cosas, y la entrega de los que «dan gratis lo que gratis recibieron».

Y los niños, ¿qué no se puede decir de ellos? Verdaderamente son el centro del Corazón de Jesús. Muchos de ellos han sido un claro ejemplo de santidad cotidiana, en su alegría, en su trato sencillo con Dios y con los demás, los niños son muchas veces escuela de oración para nosotros.

Eso no quita que no haya habido momentos más sufridos, por supuesto. Decía don Santiago Arellano (padre) que el día del Juicio el Señor le dirá: «Ven, bendito de mi Padre, porque no sabía y me enseñaste, estuve insoportable y me aguantaste», «¿Cuándo, Señor?» –contestará él. «En verdad os digo, cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis pequeños, a mí me lo hicisteis».

El Señor siempre da la gracia en el campamento. Todo ahí está consagrado a Él. Ahí se aprende a amar al Señor y a la Virgen, a conocer su Corazón, y a vivir en Él.

De todas formas, el Señor siempre da la gracia en el campamento. Todo ahí está consagrado a Él. Ahí se aprende a amar al Señor y a la Virgen, a conocer su Corazón, y a vivir en Él. De una forma muy sencilla: a través de la entrega de los demás, especialmente los sacerdotes. Como todo es del Señor (el horario, la misa, pero también el rato de juegos), Él lo toma como suyo y además se hace presente.

Yo recuerdo, en mi caso personal, que cuando maduré un poco en la fe, y empecé a planteármela y a tener dudas, me acordaba de los campamentos como un momento claro en que yo había experimentado la cercanía de Dios, y eso me daba seguridad. Y es que Dios siempre está obrando en los campamentos, eso se puede ver en las caras de los niños. Hay una diferencia enorme del primer día al último. A pesar del cansancio se les ve más felices, más serenos. Y es que con las cosas de Dios suele pasar esto. Aunque los monitores a veces no lo veamos durante el campamento, al llegar el final, decimos con los de Emaús: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Daniel Santesteban Ibero, seminarista

Sentir con la Iglesia

«*La espiritualidad de la Hermandad tiene como fundamento inconmovible el amor a la Iglesia nacida del Corazón de Cristo en la cruz, así como el amor obediente a la Jerarquía de la Iglesia*» (Const. I. 3, nº 5). Con estas líneas de sus constituciones la Hermandad quiere reconocer que el camino en la fe y el camino de unión con Dios nunca ha sido ni será en solitario; ya desde Adán y Eva o Abraham y Sara la Palabra de Dios revela su marca social, comunitaria, lejana al individualismo moderno en boga. Pero con Cristo el misterio toma un vuelo aún mucho mayor; no se trata simplemente del pueblo reunido en torno a Cristo, sino de miembros de Cristo Cabeza

Con don Francisco Cerro al finalizar el Capítulo

que reciben de Él el don de la justificación y la santificación. Sentir con la Iglesia significa sentir con el Corazón de Cristo; dicho en modo negativo: no se puede amar a Cristo, a quien no vemos, si no amamos a la Iglesia a la que vemos.

Esto configura, en primer lugar, la vida interior de la Hermandad. La fraternidad sacerdotal que busca vivir tiene su fundamento en el amor verdadero y sobrenatural a la Iglesia; no el amor a las modas y personalidades –siempre volubles— sino el respeto, en espíritu de fe, a su Tradición, a la enseñanza de sus doctores y Pontífices, el cariño a su historia, la alegría por sus triunfos y la tristeza por los errores humanos que esconden su santidad maravillosa. Al mismo tiempo, esta comunión fraterna entre sus miembros hace brillar la unidad de la Iglesia, y se transforma en poderosa arma apostólica para que «conozcan al Único Dios verdadero» (Jn 17, 3).

De este modo, los trabajos apostólicos de la Hermandad reciben su fecundidad de esta doble comunión: primero con la Iglesia y segundo en el interior de la comunidad. El bien de la Hermandad al servicio de la extensión del Reino de Cristo depende de que sus miembros tengan «ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de nuestro Señor Jesucristo» (Reglas para sentir con la Iglesia, nº 1); depende de que se sitúen «en el corazón de nuestra madre la Iglesia» (Cf. Manuscrito C, santa Teresita). Al mismo tiempo, y como brotando desde esta comunión con la Iglesia Universal, pasa también porque este sentir se refleje en la humilde obediencia y la amistad fraterna al interior de la comunidad. La comunión con la «vera Esposa de Cristo» y la comunión entre nosotros como hermanos sabemos que serán la garantía de nuestra fecundidad apostólica. Rezad con nosotros y por nosotros para que esto sea así y que el «sentir con la Iglesia» guíe todos nuestros pasos como comunidad sacerdotal apostólica.

La fraternidad sacerdotal que busca vivir la Hermandad tiene su fundamento en el amor verdadero y sobrenatural a la Iglesia.

Francisco Recabarren Vial, hnssc.

Treinta años caminando con María

Durante el pasado mes de octubre celebramos el 30 aniversario de la fundación de «Peregrinos de María». Este pequeño grupo de la archidiócesis de Toledo es fruto de una peregrinación con jóvenes organizada por tres sacerdotes, Antonio Cano, Arturo Otero y Carlos Sobrón, al Santuario de Guadalupe. Al finalizar, todos aquellos que no tenían parroquia o movimiento en el que vivir su fe, decidieron unirse para caminar juntos. Este inicio y las muchas otras posteriores peregrinaciones que pudimos ir viviendo, fueron conformando en nosotros un fuerte amor a la Virgen y un deseo de vivir el resto de nuestra vida como Peregrinos en este mundo, sabiendo que nuestra patria es el cielo.

Este anhelo inicial, siguiendo el ejemplo de san Ignacio «El Peregrino», es el fundamento del grupo que por gracia de Dios aun persevera. Durante este camino, que entonces comenzamos, hemos vivido muchas situaciones en las que siempre hemos podido ver la mano amorosa de Dios que nos guía. Es, a través de las situaciones de la vida, de las dificultades, de las cruces y también de los gozos como el Señor y la Virgen nos hablan: «Este es nuestro camino».

Siempre nos hemos sentido unos predilectos del Corazón del Señor y hemos podido ver grandes obras. Siendo un grupo muy pequeño, se han suscitado más de veinte vocaciones de entre nuestros miembros y numerosas familias que siguen queriendo seguir al Señor. Hemos sido unos privilegiados pudiendo trabajar en multitud de actividades para acercar a muchos jóvenes a la Virgen y que muchísimas otras familias

pudieran refrendar su fe en compañía. A lo largo de los años, hemos sido testigos de cómo la semilla plantada crecía en los lugares más insospechados y cómo otros, que un día se consagraron a la Virgen, siguen siendo fieles en diferentes sitios dando gloria a Dios. Por todo esto, tenemos que dar muchas gracias al Corazón de Jesús y a María, nuestra madre.

Tras unos años iniciales, fuimos fortaleciendo nuestra fe gracias a la ayuda de muchos sacerdotes, algunos de ellos ahora pertenecen a la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Gracias a este encuentro con ellos, comprendimos la importancia de la formación y obtuvimos una visión del mundo actual e histórico que nos abrió horizontes nuevos.

Gracias a este encuentro con ellos, comprendimos la importancia de la formación y obtuvimos una visión del mundo actual e histórico que nos abrió horizontes nuevos. Pasado el tiempo, en 2004, gracias a don Antonio Cañizares, nos constituimos en Asociación privada de fieles. ¡Por fin! La Iglesia refrendaba lo que veníamos viviendo y nos confirmaba que éramos una obra de Dios al servicio del Corazón Inmaculado de María. Por otra parte, decidimos unirnos estatutariamente a la Hermandad pidiendo que nuestros consiliarios procediesen de entre sus miembros.

En estos momentos, Peregrinos de María está formado por un pequeño grupo de familias y jóvenes cada vez más conscientes de nuestra debilidad. El Señor nos ha concedido la gracias de palpar lo poco que somos y que nada podemos con nuestras fuerzas. Ahora, más que nunca, le damos gracias a Dios por conducirnos donde Él quiera y descansa-

Peregrinos de María en Guadalupe celebrando los 30 años

mos tranquilos sabiendo que Él nos ha confirmado en la esperanza.

Agradecemos de todo corazón al Señor por todos los sacerdotes que nos han cuidado en estos años y especialmente a la Hermandad que tanto bien nos ha hecho y nos sigue haciendo. Rezamos siempre para que se susciten muchas y santas vocaciones que hagan crecer a la Hermandad en número y sobre todo en santidad.

Arturo Galera Martín

Palabras del Papa

«El evangelista Juan, en el mismo momento en que habla del costado traspasado, del que mana sangre y agua, da testimonio para que creamos (cf. v. 35). Es decir, escribe san Juan que en ese momento

tiene lugar el testimonio. Porque el Corazón de Dios desgarrado es elocuente. Habla sin palabras, porque

es misericordia en estado puro, amor que se hiere y da vida. Él es Dios, con cercanía, compasión y ternura. ¡Cuántas palabras decimos de Dios sin dejar brillar el amor! Pero el amor habla por sí mismo, no habla de sí mismo. Pedimos la gracia de ser apasionados por el hombre que sufre, de ser apasionados por el servicio, para que la Iglesia, antes de tener palabras que decir, conserve un corazón que late de amor. Antes de hablar, que aprenda a mantener el corazón enamorado (…)

Si miramos la realidad desde la grandeza de su Corazón, la perspectiva cambia, nuestro conocimiento de la vida cambia porque, como nos recordó san Pablo, conocemos «el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento» (Ef 3, 19). Animémonos con esta certeza, con el consuelo de Dios, y pidamos al Sagrado Corazón la gracia de poder a su vez consolar. Es una gracia que hay que pedir, mientras nos comprometemos valientemente a abrirnos, a ayudarnos unos a otros, a llevar las cargas de los demás» (De la homilía en el Policlinico Gemelli de Roma, 5 de noviembre de 2021).

Oración del Acuérdate

Acuérdate, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de las maravillas que hizo en Ti el Señor. Él te escogió por Madre y te quiso junto a su Cruz. Ahora, te hace partícipe de su Gloria y escucha tu plegaria. Ofrécele nuestra alabanza y nuestra acción de gracias. Preséntale nuestras peticiones… (se pide la gracia que se desea alcanzar). Haznos vivir como Tú, en el Amor de tu Hijo, para que venga a nosotros su Reino. Conduce a todos los hombres a la Fuente de Agua Viva que brota de su Corazón, extendiendo sobre el mundo la esperanza y la paz, la misericordia y la salvación. Mira nuestra confianza, responde a nuestra súplica y muéstrate siempre nuestra Madre. Amén.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón